

América Latina en sus narrativas: ensayo, novela histórica e historiografía social

Latin America in its Narratives: Essay, Historic Novel and Social Historiography

Biviana Hernández O.*

Resumen

Entendemos la producción intelectual del pensamiento latinoamericano como síntesis de una macro narración que interpreta los procesos mediante los cuales el hombre se ha definido a condición de una experiencia histórica, producto de una reflexión historicista tendiente a constituir cuanto a articular un saber propio conforme los medios de producción de

que dispone tanto el ensayo como la novela y la historiografía social. De allí que el presente artículo explore las ideas fundamentales que erigen un quehacer histórico sensible a hacer de Latinoamérica una forma de comprensión de la realidad sociocultural, de acuerdo con un *pensamiento crítico* que amplía sus horizontes de análisis al dar cuenta de un encuentro comunicativo-semántico implicado en el proceso hermenéutico que expresan cada una de sus narrativas.

Palabras clave: narrativa, ensayo, novela histórica, historiografía social, pensamiento crítico latinoamericano.

Abstract

We are understand the intellectual production of Latin American thought as a synthesis of a macro narration that interprets the historical processes that have defined man's experiences. This narration is the product of a historical reflection that tends to construct and articulate authentically Latin American knowledge according to the means of production of the essay, the novel and historiography. Consequently, this article explores the fundamental ideas that reveal this historical labor as a way of understanding our sociocultural reality consistent with a critical thought that expands its horizons of analysis upon recognizing a communicative-semantic fusion implied in the interpretive process that each narrative expresses.

Key words: narrative, essay, historic novel, social historiography, Latin American critical thought.

* Vicente Pérez Rosales # 735, Paillaco, Región de los Ríos. E-mail: bivianahernandez@uach.cl

Introducción

Al ahondar en las nociones de ensayo, novela histórica, historiografía social y pensamiento crítico, descuella inevitablemente la realidad sociocultural del sujeto histórico latinoamericano conforme las narrativas que han reparado en su historicidad, hipótesis tras la que sostenemos que el ensayo ha sentado las bases de una narrativa histórica de continuidad con el discurso de la novela e historiografía social latinoamericanas.

En este contexto, el problema de este artículo adopta la forma de una pregunta: de qué manera el ensayo, la novela y la historiografía social constituyen las narrativas propias del pensamiento crítico latinoamericano, en pos de un encuentro intercultural de tipo hermenéutico-semántico, que interroga la realidad del sujeto histórico comprometido en su elaboración discursiva. Interrogante que abordaremos a continuación, sosteniendo en primera instancia que, como su *fundamento*, la historicidad constituye la base del narrar latinoamericano o, si se quiere, de las narraciones que explican de qué manera América Latina resulta construida por ellas en la búsqueda de un encuentro dialógico y solidario con el sujeto que asume como protagonista de sus propios relatos. Al inquirir, por tanto, la pregunta puede acotarse: cómo se encuentra América Latina en sus narrativas del ensayo, la novela y la historiografía. La respuesta, no obstante, sólo podrá formularse a la luz de un pensamiento que entienda la historia como posibilidad de escritura narrativa, esto es, como un relato que al hacer uso de mecanismos lingüísticos y retóricos de expresión verbal, ficcionaliza la realidad que estudia como objeto de investigación, de acuerdo con la subjetividad que implica la toma de posición de un punto

de vista por parte de quien asume la identidad de narrador, llámese ensayista, novelista o historiador.

Diremos entonces que las narrativas del ensayo, la novela y la historiografía social apuntan a un ideal de encuentro comunicativo-semántico, para articular un pensamiento crítico de la historicidad que dé cuenta del sujeto histórico latinoamericano en situación de conflicto, contradicción, mestizaje, aculturación, concientización, etc.; y, por tanto, de su relación con la historia en un constante proceso de devenir.

Para comenzar a hablar de Narrativas y Pensamiento crítico latinoamericano

La noción de pensamiento crítico está asociada a una práctica intelectual de inspiración filosófico-teorética, que elabora los conceptos claves a través de los que podemos sintetizar la realidad histórica inscrita en lo que convenimos llamar las narrativas del discurso latinoamericano. Es por ello que Ricardo Salas (2005) expresa que el texto que da origen a esta noción -*Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos claves*- demuestra la riqueza intelectual de los diferentes enfoques que manifiestan los problemas socioculturales y políticos de *Nuestra América*, al defenderse la existencia de una tradición crítica preocupada por delimitar en forma epistemológicamente rigurosa los cambios sociales y culturales experimentados en ella, tanto como el sentido de tales cambios, en la medida en que se trata de una labor que discute y cuestiona las categorías en uso del discurso académico, toda vez que éste pretende representar las tensiones y contradicciones existentes en las distintas formas de comprensión de la realidad social.

De esta forma, diversos investigadores latinoamericanos desarrollarían los “conceptos claves” que definen el quehacer creativo de narradores (ensayistas, novelistas e historiadores) que han analizado, cuestionado y delimitado la realidad cultural de nuestro continente a partir de nociones como las de alteridad, mestizaje, transculturación, colonización, eurocentrismo, concientización, entre otras; categorías que dan cuenta de esa forma de pensar que caracteriza el narrar del intelectual latinoamericano, siendo la de simbolismo una de las más ilustrativas a este propósito, cuando ella es constitutiva de los imaginarios sociales (Cfr. Charles Taylor 2006) al ser producto de una filiación semiótico-social de representación de la historia y de los mismos imaginarios sociales que lo originan.

Como praxis narrativa, el simbolismo connota una actividad fabuladora o productora de ficción toda vez que expresa el modo de configurarse de un tipo especial de discurso de acuerdo con la realidad sociocultural latinoamericana. Por ende, tal actividad puede ser parte de una forma de enmascaramiento de lo real -idea con la que Salas estimula pensar en el problema de la distorsión inherente a toda actividad narrativa-, pues siguiendo su lógica lo simbólico se yergue sobre una instancia deformadora del significado de la realidad, dentro de una práctica narrativa cuyo *trasfondo* reviste la manipulación que ejerce el aparato de poder. Así, en la medida en que esta práctica es reducto de un imaginario social, cuya ideología pone de relieve cuáles son los procesos y los actores políticos que ordenan y controlan el mundo, dicha función representativa sistematizará la creación de categorías y significaciones elaboradas por estos actores para regular la dinámica sociocultural. Dado lo cual, el simbolismo exigiría, por una parte, dar cuenta de los contextos culturales para

revelar el proceso semiótico de los imaginarios; y, por otra, asumir la crítica en sociedades caracterizadas por una *lógica de negación*, esto es, que no han puesto en práctica un diálogo permanente respecto a los “grandes proyectos” en que aquéllos están involucrados (Salas 2005). En consecuencia, constituiría una actividad narrativa de representación de las distintas formas de concebir la realidad de acuerdo con los imaginarios sociales, actuando en América Latina a raíz de la influencia que ejerció Occidente mediante la conquista y colonización de sus pueblos, lo que a posteriori daría origen a un pensamiento crítico de reacción contra los medios de dominación del discurso etno y eurocéntrico, afín a la forma de un contradiscurso de interpelación e impugnación. En este contexto, leído como ensayo, “Nuestra América” de José Martí constituye un texto clave en la emergencia del contradiscurso eurocéntrico, en tanto que fundaría la tradición crítica en la prosa latinoamericana, conforme una mirada simbólica de la realidad social al expresar la ideología política de la diferenciación cultural de este modo:

Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador [...]. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestra república el mundo; pero el tronco ha de ser el de

nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas [...]. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! (cit. en Zea 1993: 124).

No obstante, un ejemplo más contemporáneo de simbolismo, en relación a lo que se ha denominado *nueva historia*, y que funciona para el caso chileno, es el de la *Historia contemporánea de Chile* de Gabriel Salazar y Julio Pinto, en la que se destacan algunos de los aspectos con que teóricos y filósofos de la historia conceptualizan la ciencia historiográfica del siglo XX, a saber, su carácter subjetivo, en que se explicita conscientemente el punto de vista desde donde se interpreta cierta zona de la historia de Chile, y el enfoque y objeto de estudio de una práctica que busca comprender la historia de acuerdo con un sentido metahistórico:

Esta no es una obra diseñada para ‘contar’ la historia de Chile. Ni está pensada sólo para describir ‘los hechos’ más notables de nuestro pasado [...]. Ni nos hemos propuesto escribir una historia general, que incluya ‘todo’ acerca de los procesos que han determinado y determinan lo que hemos llegado a ser como sociedad. Menos aún es nuestro objetivo resaltar una vez más las ‘hazañas’ de los héroes, las grandes ‘obras’ de los presidentes y los triunfos que han situado al país –real o imaginariamente– en el primer lugar entre sus ‘pares’. Los procesos históricos –pensamos–, en sí mismos, demasiado complejos como para exponerlos en imágenes definitivas (están constituidos por diversos planos de realidad, ritmos cruzados de tiempo, relaciones cambiantes y formas impuras de racionalidad). Y sobre ellos hay demasiadas perspectivas posibles desde donde mirarlos e interpretarlos (cada nuevo día se descubre un nuevo aspecto) como para reducirlos a hechos cristalinos, juicios categóricos o panegíricos auto-complacientes. Entendemos que la ciencia –en este caso, la Historia –si ha sido y es, no puede seguir siendo una forma de poder. Una cúpula o una autoridad que monopoliza la producción y sentido de ‘la verdad’ [...]. Las verdades, en tanto sociales, no se clausuran. Están siempre en trámite

de remodelación, abiertas, admitiendo a más y más al inacabable trabajo colectivo de producirlas y reproducirlas, en la huella del también inacabable movimiento de la vida [...]. Esta historia quiere asumir los problemas históricos de Chile desde la urgencia reflexiva del ciudadano corriente [...]. En cierto modo, es una historia mirada ‘desde abajo’, pero no desde la ‘marginalidad’, porque el ciudadano, en una sociedad, no es ni puede ser periférico a nada que ocurra en ella [...] Este trabajo quiere, por lo dicho, ser una ayuda para pensarnos históricamente, para pensarnos como problema, no para repasar nuestras glorias ni para inventariar detalles meticulosos de cada suceso digno de memoria (1999: 8-9).

Por otra parte, referirse a la preocupación por la historicidad en la novela, como idea fuerza y matriz dadora de sentido o, si se quiere, máxima expresión del pensamiento crítico latinoamericano, respondería al esfuerzo por dar cuenta de la historia misma de la narrativa de ficción, pues en ella la preocupación por la historia es tan antigua como su mismo origen. Al respecto, baste quizá pensar en las palabras de Alejo Carpentier cuando explica en el prólogo a *El reino de este mundo* (1949) que la realidad ficticia de la novela responde a la realidad histórica de Latinoamérica, como historia diferenciada y única: como crónica de lo real maravilloso. Idea con la que el novelista funda un paradigma de interpretación de la historia latinoamericana, teñido de matices barrocos, pintorescos y exuberantes, y con el que más tarde echaría raíces una concepción simbólica y representativa de un cierto imaginario social. De suerte que la apología de una realidad y, más aún, de una historia de carácter maravilloso, no constituye sólo un manifiesto estético-literario, es también y, más que todo, una interpretación narrativo-social de nuestra historicidad:

Lo maravilloso comienza a serlo de manera inequívoca cuando surge de una inesperada alteración de la realidad (el milagro), de una revelación privilegiada de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de

las inadvertidas riquezas de la realidad, de una ampliación de las escalas y categorías de la realidad, percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu que lo conduce de un modo de “estado límite”. Para empezar la sensación de maravilloso presupone una fe [...] pensaba, además, que esa presencia y vigencia de lo real maravilloso no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un recuento de cosmogonías. Lo real maravilloso se encuentra a cada paso en las vidas de los hombres que inscribieron fechas en la historia del Continente y dejaron apellidos aún llevados: desde los buscadores de la Fuente de la Eterna Juventud, de la áurea ciudad de Manoa, hasta ciertos rebeldes de la primera hora o ciertos héroes modernos de nuestras guerras de independencia de tan mitológica traza (1967: 12-14).

Vemos en las citas anteriores que la idea de un pensamiento crítico germina en las narraciones del ensayo, la novela y la historiografía, en correspondencia con la práctica simbolista del macro relato histórico latinoamericano, narraciones que expresan la preocupación por la historicidad desde un intento por dar cuenta de esa continuidad que es el hombre en situación de devenir, cambio y transformación histórica.

Ensayo, novela e historiografía social latinoamericanas

Dado que el ensayo es cultivado por una amplia gama de intelectuales, incluyendo narradores de ficción y no ficción, es posible afirmar una suerte de maridaje entre lo histórico-literario, de modo tal que sin necesidad de epíteto esta forma narrativa pueda denominarse sin más *ensayo latinoamericano*, una forma determinada no tanto por su estatuto genérico-conceptual cuanto por la definición de la labor intelectual representativa del pensamiento y realidad geográfico-cultural de Latinoamérica.

El ensayo expresa un sentido de elaboración reflexivo-hermenéutico en torno a los procesos culturales de la identidad al dar cuenta de algunos de los objetivos que en su quehacer prosístico exponen los intelectuales latinoamericanos, de formación teórico-filosófica, respecto a la idea o noción de pensamiento crítico. Fernando Aínsa (2005) lo define como una forma incitante, polémica, paradójica y problemática, pero fundamentalmente dialogante en su búsqueda de la historicidad, objeto del cual el hombre no podría sustraerse cuando ella lo constituye de acuerdo con *la urgencia y la conciencia* de la temporalidad histórica, de allí que exprese que su indagación en el pasado estriba en comprender lo que todavía perdura como parte integrante del presente.

En su aspecto más formal, se trata de una textualidad que intercambia técnicas y procedimientos con la literatura y otras disciplinas, tratándose de una particular forma de *mestizaje disciplinario y genérico*, cercano a la crónica, la epístola, el periodismo, la historia, la filosofía y la poesía, esto es, un género fronterizo caracterizado por una voz reflexiva sobre la narrativa, que lo confina a un relativismo cultural, toda vez que estimula la interculturalidad en una forma de pensamiento alternativo que pretende ser una propuesta o, bien, *una esperanzada proyección del presente en el futuro*. Y como muchos otros géneros considerados ancilares frente a las formas discursivas institucionalizadas y canónicas, Aínsa lo sitúa como un tipo de escritura que reacciona contra las formas solemnes y escolásticas, fundamentalmente de la filosofía, en pos de reivindicar la libertad de pensamiento y expresión narrativas. Así, con la metáfora de un polígrafo polivalente, el crítico señala como sus rasgos principales la

subjetividad, la dialogicidad y la ironía, tanto como sus funciones crítica, desmitologizadora, metatextual, didáctica y moralizante.

En tanto que John Skirius (1997) entiende el ensayo como una producción de carácter literario, al tratarse de una forma mestiza que conjuga información verdadera a partir de un proceso de inspiración poética, de allí que lo defina como un subgénero de la prosa y, más específicamente, como literatura de no-ficción, cercana a las técnicas poéticas, los elementos de la ficción, e incluso a los efectos dramáticos, coincidiendo con la apreciación de Anderson Imbert: “el ensayo es una composición en prosa, discursiva, pero artística por su riqueza de anécdotas y descripciones” (12). Esto explicaría que las técnicas de la ficción sean utilizadas comúnmente en la no-ficción del ensayo. Y tal como sugiere Aínsa al decir que una de sus características es su forma dialogante, Skirius subraya su estilo conversacional, además de su temática anecdótica y la necesidad de expresar el propio carácter, siempre histórico, del individuo.

Los ensayos que recopila Leopoldo Zea -en *Fuentes de la cultura latinoamericana* -dan cuenta no sólo de las características que definen la forma narrativa del ensayo, sino también de un pensamiento crítico que define la realidad sociocultural de Latinoamérica a partir de conceptos que explican los procesos de cambio, transformación y crisis, que en su continuidad o devenir, ha experimentado el curso de la historia latinoamericana. A este respecto, el ensayo de Roberto Fernández Retamar “Nuestra América y el Occidente” (1993), revisa cuál ha sido el derrotero que siguió América Latina desde el periodo de independencia al de neocolonización, cuestionando sobremanera la imposición lingüístico-cultural que ejercieron los españoles al llegar a nuestro continente. El autor cuestiona,

por tanto, el *término infeliz* de “descubrimiento” con que se ha velado la ruptura, la violación y el genocidio de los pueblos vernáculos, y que a la postre ha emplazado la falsificación y más aún un absoluto *cubrimiento* de la historia al cosificarse tanto la cultura como el individuo para que uno y otro dejen de ser sujetos de la historia y puedan así descubrirse del mismo modo como se descubre el paisaje, la flora o la fauna de un territorio. A raíz de este fenómeno, Fernández discute, desde una perspectiva fuertemente crítica y desmitologizadora, la noción de Occidente y el proceso mismo que implica su operación verbal en cuanto praxis social y narrativa, vale decir, la occidentalización del continente. Pero no sólo cuestiona este término para explicar dicho fenómeno, también analiza de qué manera lo que fuera el proceso de independencia latinoamericana ha revelado los distintos matices y formas de contacto con que América Latina en pleno siglo XX ha entrado en relación con el mundo occidental, como sucede con la revolución haitiana y cubana, por mencionar dos casos ejemplares.

Y así como en el ensayo de Fernández se detecta el aspecto crítico, en el de Andrés Bello -“Autonomía cultural de América”- se destaca una voluntad pedagógico-moralizante, que se advierte desde muy temprano cuando el autor llama a la juventud chilena a desarrollar una cultura propiamente nacional, y a los historiadores a escribir una historia que cuestione si convendría más aclarar los hechos que comentarlos y resumirlos, pues tiene la intención de esclarecer mediante sus propias divagaciones que Chile, al ser un país de geografía diversa, resulta un cuerpo complejo desde el punto de vista cultural, de allí que hablar de nación suponga para él necesariamente proferir esa complejidad, pero no para retratar cuanto para

enseñar que en ella está el verdadero sentido de la historicidad del sujeto nacional. Bajo esta concepción, arenga a no olvidar que el hombre que sirve de asunto a *nuestra* historia y a *nuestra* filosofía peculiar, “no es el hombre francés, ni el anglo-sajón, ni el normando, no el godo ni el árabe. Tiene su espíritu propio, sus facciones propias, sus instintos peculiares” ([1836]1993: 193); y a entender que esa búsqueda de lo primigenio es la única que conducirá a su anhelado principio de emancipación mental, aunque sea a condición de adoptar los patrones de la cultura europea. Por supuesto que, como buen ilustrado, estimula a la juventud para persuadirlos del valor edificante de la educación, pues a través de ella sería posible acceder a las fuentes que brindan un verdadero conocimiento del pasado y, por ende, una real comprensión del habitante y la realidad nacionales. De este modo, sometiendo a cuestionamiento la práctica historiográfica, apuesta por el autoconocimiento que potencia la propia tradición cultural y literaria de cada sociedad, a diferencia del que erige el saber oficial en su intento por reproducir la “verdad” de la historia:

El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis saber, por ejemplo, qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el Diario de Colón, las Cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Roberston. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa (194).

Y así como Bello cuestiona el saber historiográfico, Augusto Salazar Bondy -en “Sentido y problema del pensamiento filosófico hispanoamericano”- expresa su crítica contra la filosofía latinoamericana, juzgándola de acrítica e inauténtica y acusando que en su proceso

de elaboración ella no ha articulado las ideas en una dialéctica de reflexiones, conceptos y soluciones que se nutran de su circunstancia histórico-cultural. Por el contrario, sostiene que lo que existe en esta dimensión (en todos los países de Latinoamérica) es una sucesión de doctrinas importadas, a la manera de una procesión de sistemas “que se mueve al ritmo de la inquietud europea o, en general, extranjera, casi un sucederse de modas intelectuales sin enraizamiento en nuestra vida espiritual y, por eso mismo, sin virtud fecundante” (1993: 203); de allí que la conciba más como una novela plagiada que como una crónica verídica de la propia realidad cultural, asimilando el pensamiento moderno de la filosofía latinoamericana al del pensamiento colonial escolástico, en que, fruto de tradiciones hegemónicas, aquél respondería a una lógica histórica extraña a la conciencia de los pueblos latinoamericanos, en lo que respecta a su condición social, económica y cultural. De modo tal que describir la filosofía latinoamericana implicaría hacer el relato del paso de la filosofía occidental *por* nuestros países, es decir, la narración de la filosofía europea *en* la América hispánica. Su crítica, en este sentido, aspira a denunciar la dependencia, pero sobremanera la ausencia de una filosofía propia:

En nuestro proceso histórico hay los cartesianos, los Krausistas, los spencerianos, los bergsonianos y otros *ismos* europeos más; sólo eso, no hay figuras creadoras que fundan y alimenten una tradición propia ni *ismos* filosóficos nativos [...] Me parece evidente la existencia de un pensamiento francés, de un pensamiento alemán, etcétera, en la cultura de Occidente. No me parece igualmente evidente, en el mismo sentido, la existencia de un pensamiento hispanoamericano. Todos los pensadores de nuestra América se han educado en una escuela europea. No se siente en su obra el espíritu de la raza. La producción intelectual del continente carece de rasgos propios. No tiene contornos originales (203).

No obstante, advierte que sin necesidad de fundar una filosofía práctica, aplicada o sociológica, el pensamiento latinoamericano puede nutrirse teóricamente de reflexiones auténticas que lo conviertan en una conciencia lúcida de tal condición, viendo en esta posibilidad una alternativa para el desarrollo de la producción filosófica, pues cuando ella logre ser una reflexión sobre el estatus antropológico e histórico del hombre, a la manera de una conciencia canceladora de prejuicios, sólo entonces hará evidente la condición de existencia de aquél, esto es, *nuestra sujeción como pueblos y nuestra depresión como hombres*. En relación con esta crítica, John Phelan (1993) cuestiona un concepto aun de mayor peso para la identidad del continente, cual es el de Latinoamérica, una abstracción metafísica y metahistórica creada por europeos para ejercer dominio territorial y político. Lo interesante de este ensayo es la asertividad de una crítica que advierte el modo en que conceptos como éste se naturalizan en el pensamiento al ser concebidos como “dados”; estimulando así la reflexión hacia los fenómenos de imposición, asimilación y yuxtaposición de las diversas formas de dominio político que adoptó la presencia de los españoles en nuestro continente, al tiempo que de las posibilidades que éste ha tenido de pensar su realidad definiendo los límites que la separan de otras y que, a la postre, permiten entender la cultura latinoamericana como un rico proceso de síntesis en que se configura su identidad nacional.

El concepto de yuxtaposición alude a un factor determinante del mestizaje cultural, tanto como de la ambigüedad y ambivalencia de la historicidad del hombre latinoamericano, al cobrar vigencia dentro de la obra de los *civilizadores* –quienes serían los pensadores ilustrados del continente –mediante su lucha por establecer

en Latinoamérica la emancipación mental; para Zea, un ideal que pretendió rescatar la riqueza cultural e intelectual del hombre mestizo, pero a costa de una nueva forma de aculturación:

Los civilizadores latinoamericanos tratarán de enterrar el pasado colonial, la cultura hispana y la indígena, así como el mestizaje a que dio origen la Colonia [...] Ser como Inglaterra, Francia y los Estados Unidos serán las metas del proyecto civilizador, y, como consecuencia, anular el propio pasado, considerándolo impropio [...]. Dejar de ser lo que se es, para ser otro distinto, va a ser la preocupación de este nuevo esfuerzo cultural latinoamericano [...]. ¿Cómo lograr esto?, mediante la educación y a través de un gran proceso migratorio. Lavado de cerebro y lavado de sangre. Tal se pretendió con la educación inspirada en el positivismo francés, el utilitarismo inglés y el pragmatismo estadounidense (1993: 295).

Y así como el ensayo da cuenta de una narrativa histórica subjetiva, dialogante, crítica, desmitologizadora, moralizante, etc., la novela latinoamericana expresa la narrativa de un discurso ficcional que dialoga con el discurso de la historia y del ensayo toda vez que caracteriza el pensamiento de un sujeto histórico-cultural preocupado por describir la realidad de ese constructo que es Latinoamérica. De allí que, sin categorizarla como histórica, la novela latinoamericana represente las distintas visiones y concepciones sobre la historicidad que ella encarna desde sus orígenes. En este contexto, novela regionalista, costumbrista o del realismo social, sintetizan la preocupación por la realidad socio histórica a través de un narrador que solidariza con la causa política de los grupos marginados o excluidos, mientras que aquella denominada contemporánea –posterior al periodo que marcó el boom de la novela latinoamericana– comienza a estudiarse por la novedad que implican sus características

formales y que determinarían su ruptura con la tradición de la novela que la precedió. No obstante, aun cuando ésta se sustraiga de los intereses políticos y sociales de la novela del realismo social- mediante la presencia no ya de un narrador básico (Cfr. Goic 1992) cuanto de uno despersonalizado o disgregado en el desplazamiento de múltiples voces- seguirá expresando su identidad y compromiso con la historia. De forma tal que al realismo tradicional de la novela sucede un neorrealismo de interés mítico, existencial, onírico o fantástico, pero también histórico, pues lo que ella busca es connotar la realidad latinoamericana mediante otras formas de expresión; de allí el interés de la crítica por los modos de exploración retórica y por las vías en que el lenguaje comienza a hurgar en nuevas posibilidades de representación. Siendo así, la narrativa de ficción fundaría las bases para interpretar América Latina de acuerdo a una relectura de la historia y, por tanto, desde las formas en que ésta es ficcionalizada por la novela, operando así una cierta poética de la historia, que bien representaría el quehacer de esta narrativa en circunstancias que expresa el carácter que Diógenes Fajardo (1999) le atribuye a la nueva novela histórica, a saber: la re-textualización de la historia a través de un discurso fragmentado a fin de explicar el sentido histórico del presente de acuerdo con el rol que ha jugado el pasado en su configuración. Trátase de un discurso que se opone al realismo de la novela costumbrista y de la novela histórica decimonónica al renunciar a la fidelidad de los documentos históricos, cuanto a la confianza en una voz oficial que determine la verdad de la historia, creando, de acuerdo con este propósito, nuevos sentidos para la verosimilitud ficcional y para la interpretación misma de la historia. Los novelistas latinoamericanos que representan esta tendencia, asevera Fajardo, practican la

reescritura ficcionalizada del discurso histórico oficial con el claro propósito de ofrecer al lector la ficcionalización de los ya más de 500 años de vida histórica y de producción discursiva de nuestra América.

Dado entonces que en Latinoamérica habría persistido a lo largo de todo el siglo XIX una novela histórica (en las narrativas de Reinaldo Lomboy, Miguel A. Asturias, Sergio Ramírez, Miguel Otero Silva, Lisandro Otero, Arturo Uslar Pietri, César Aira, Homero Aridjis, entre otros), la crítica ha sostenido la existencia de un género de esta naturaleza (Cfr. Pons 1996), cuya renovación ocurriría en la segunda mitad del siglo XX, momento en que la narrativa histórica se define como tal a condición de presentar las siguientes características:

a) El rol que el pasado histórico juega en la ficción novelesca hace que lo individual se subordine a lo colectivo. Esto significa que las vidas personales son determinadas por el acontecer histórico, de forma tal que el devenir temporal adquiere el carácter de inacabado, no sólo en el sentido de que transcurre, sino también en que lo pasado puede modificarse al ser reinterpretado desde el presente; apareciendo así la vida de los hombres como un acontecer dentro de otro que lo supera y determina.

b) Se ficcionalizan aquellos eventos o figuras históricas que han afectado el desarrollo posterior de los acontecimientos de un determinado grupo social y que forman parte del acervo común, ya sea porque aparezcan en los documentos históricos o porque perduren en la memoria colectiva del grupo social. Dado lo cual, la atención del novelista podrá centrarse en las grandes tensiones, tendencias sociales y políticas de un período, en el papel que ha

jugado un individuo en el devenir histórico, en los agentes que producen los acontecimientos históricos o en aquellos que lo padecen.

c) La historia se concibe como construcción discursiva, vale decir, como un relato cuya narrativa se elabora desde una determinada perspectiva cultural e ideológica con base en hechos registrados como reales; supuesto que implica que el material histórico de la novela es un material previamente textualizado en el discurso historiográfico. De suerte que, al recurrir a él la novela no se constituye en una representación discursiva de los hechos históricos cuanto de las versiones de los mismos, esto es, en una versión de las versiones de los hechos materiales.

Seymour Menton (1993) y María Cristina Pons (1996) coinciden en señalar que en la novela histórica tradicional se apreciaba una actitud de confianza hacia el discurso histórico, novela que, en cuanto género, comenzaría a desarrollarse después de la Independencia, por lo que su primera función habría sido la de crear una conciencia nacional en países que recién se estaban organizando. Pons ratifica esta idea al sostener que la indagación en el pasado de la novela histórica latinoamericana representaba una búsqueda de respuestas sobre la identidad de las nuevas naciones y un reconocerse dentro de un proceso poco claro y de gran trascendencia histórica, como fue el de la postindependencia. Mas, aunque en algunas novelas se cuestionase la historia, esto no implicaba que los autores cuestionaran concientemente la historiografía en cuanto forma de conocimiento y, menos aún, en cuanto forma de poder:

Sin contar con los intereses creados en tales cuestionamientos, estas novelas históricas asumen más bien una posición didáctica y de complemento de la historiografía. Además, entonces se consideraba que

la Verdad de la Historia yacía fuera del texto (y de toda narrativa) y que era posible transmitirla a través de la novela histórica (1996: 86).

Esta actitud de confianza, después de numerosas transformaciones, cambiaría completamente con la nueva narrativa histórica, en tanto en ella primaría el interés de cuestionar explícitamente la supuesta veracidad de los textos históricos:

En términos generales, la reciente producción de novelas históricas se caracteriza por la relectura crítica y desmitificadora del pasado a través de la reescritura de la Historia. Esta reescritura incorpora, más allá de los hechos históricos mismos, una explícita desconfianza hacia el discurso historiográfico en su producción de las versiones oficiales de la historia (1996: 16).

Y es frente a dicho cuestionamiento que cabe la posibilidad de preguntarse hasta qué punto las narraciones históricas -en el campo de la historiografía tradicional- no distorsionan los acontecimientos al introducir inteligibilidad, continuidad y orden en lo que es discontinuo y contingente. Jorge Peña Vial (2002) reflexiona sobre el particular, arguyendo que los hechos presentados en una narrativa histórica se organizan mediante artificios lingüísticos que definen el tratamiento ideológico que los historiadores utilizan para seleccionar sus materiales; hecho que supone, tal como lo sugiere H. White (2003), que éstos estructuran los acontecimientos de acuerdo a relaciones causales y temporales que no necesariamente reflejan el orden en que ocurrieron, dirigiéndose a un tipo particular de lector, usando un vocabulario específico, no raramente lleno de connotaciones, y adoptando comúnmente una postura ante los eventos narrados. Operación que desmiente la existencia de un discurso privilegiado para hablar de la verdad. Antes bien, lo que ella sugiere es que los recursos lingüísticos de expresión están involucrados constitutivamente en todo

discurso, que socavan cualquier pretensión de referencia y clara determinación de los hechos. En consecuencia, conscientes de que los hechos históricos registrados no coinciden necesariamente con los acontecimientos, los novelistas cuestionan los textos que han formado nuestra percepción acerca de personajes y acontecimientos históricos fundamentales, siguiendo en ello a los historiadores que han reflexionado acerca de las características de su propia disciplina.

En la novela *Vigilia del almirante* (1992), de Augusto Roa Bastos, se presenta una reflexión sobre la historia, que pone en cuestión no sólo las relaciones que en su forma narrativa adopta el discurso de la historia con el de la novela, sino que revela de qué manera se piensa la realidad latinoamericana a partir de uno de los momentos fundamentales de su desarrollo: el del así llamado descubrimiento de América, tema que en muchos otros autores ha suscitado la reflexión y la crítica, así la obra de Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Abel Posse, entre otros. Al principio, en un breve texto que la precede y que funciona a modo de prólogo, el autor define la novela como un relato de ficción impura, o mixta, oscilante entre la realidad de la fábula y la fábula de la historia; y la caracteriza por defecto señalando que es heterodoxa, ahistórica, acaso anti-histórica, antimaniquea, lejos de la parodia y del pastiche, del anatema y de la hagiografía, proponiendo así una manera atípica de entender los conceptos de realidad y ficción, al sugerir que la historia puede ser una fábula y que la fábula puede referirse a la realidad, contenerla o, bien, representarla.

En la novela se argumenta, considerando lo anterior, que la historia de Colón ha sido escrita¹ desde una interpretación de los hechos, es decir, mediante un mecanismo que les confiere orden y explicación, lo cual habría inducido a sus autores a suprimir, inventar y tergiversar acontecimientos, de forma tal que lo narrado no podría, de ninguna manera, coincidir o identificarse con lo real. Al final del capítulo IX, esta crítica se amplía a la totalidad de la práctica historiográfica con palabras que se asemejan a otras escritas por Hayden White:

El historiador científico siempre debe hablar de otro y en tercera persona. El yo le está vedado. Los historiadores son, de hecho, 'restauradores' de hechos. A partir de documentos reales, fabrican la ficción de teorías interpretativas semejantes a las 'historias' y a los diagnósticos clínicos sobre la mente humana. ¿Y son menos caóticos e indescifrables los hechos, llamados 'históricos', que los inescrutables laberintos de la mente? (1992: 80).

Y a otras de Peter Burke, en el momento en que postula que los narradores históricos -entiéndase, historiadores- necesitan encontrar una manera de hacerse visibles en sus relatos, no por complacencia consigo mismos cuanto por advertir al lector que, por un lado, no son omniscientes o imparciales frente a los hechos que estudian, y, por otro, que sus versiones de los hechos tan sólo suman un número más al registro vario de posibilidades de interpretación histórica. A partir de este supuesto, Burke sostiene que el debate sobre la historiografía no se centra ya en la cuestión de si se ha de escribir o no en forma narrativa, sino, antes bien, en el problema de elegir qué forma narrativa utilizar o con cuál de ella se ha de escribir la historia. Cuestión tras la que justifica el uso retórico de figuras literarias, pues "para hacer que las voces diversas y opuestas de los muertos se oigan de nuevo,

¹ En ella se critican las siguientes obras: *Historia de las Indias*, de Fray Bartolomé de Las Casas; *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*, de Hernando de Colón, hijo de Cristóbal; y *Décadas del Orbe Nuevo*, de Pedro Mártir de Anglería.

el historiador necesita, como el novelista, practicar la heteroglosia” (2003: 333). Con esta técnica, los historiadores echarían mano de los procedimientos metodológicos que supone la microhistoria, una práctica que elude la recreación de una historia total para buscar sus *puntos de fuga*, cualificando lo macrohistórico en una práctica heurística e inquisitiva que concibe al sujeto como agente activo de la historia, de allí que su objeto de atención sea la gente corriente en su escenario local, al legitimar el punto de vista de lo que Georg Lukács (1996) llama un *héroe mediocre*, de carácter ordinario, que hurga en la vida de un determinado sujeto histórico en lo que tiene de singular, extraordinario y/o anómalo, en relación a las normatividades y normalidades que supone la historia oficial concebida a escala total.

También se encuentran en relación los postulados de Roa Bastos con los de Arthur Danto (1989) cuando sostiene que, en la medida en que el objetivo del historiador es comprender los pensamientos de *otros*, su trabajo consiste en re-actualizar pensamientos pretéritos “en su propia mente”, siendo esta actividad no una imitación del pasado, sino una re-creación del mismo, si aceptamos que el contexto en que tales pensamientos ocurrieron ya no existe, pues es irrevocablemente pasado y sólo pasado.

Esto obliga a pensar que el historiador no pretende conocer y predecir como simple observador, sino que adopta el punto de vista de un sujeto, participa y, por lo tanto, delibera, sopesa, decide [...]. Modelo que responde a la voluntad de mostrar que la actividad de re-pensar desarrollada por el historiador no tiene porqué identificarse con alguna misteriosa e intuitiva capacidad de re-vivir los estados de conciencia del agente pasado, sino que tiene su propia lógica y, por tanto, cierto carácter explicativo (1989: 17-19).

En estas condiciones, Danto advierte que la historiografía va más allá de lo histórico dado, dominando y trabajando esquemas de narración organizativos (apuntando con ello a la idea de “tramado” que postula White 2003), mediante los cuales el discurso organiza al tiempo que interpreta el material histórico con que trabaja; concibiéndola así como un tipo de prosa que elabora significados de función explicativa, y, en cuanto tal, no como una reflexión impersonal, más bien como una disciplina subjetiva, “en el doble sentido de ser el marco en cuyo seno podemos autorrepresentarnos y, al mismo tiempo, marco en el cual el historiador no es espectador sino partícipe” (27).

Finalmente, evidenciando en la novela cuáles son algunas de las distorsiones en que pueden incurrir los historiadores, Roa Bastos fundamenta (a través de reflexiones metaficcionales) el aporte que la literatura –y, en general, la ficción –puede hacer a la comprensión de los hechos y personajes históricos, al afirmar que las historias *fingidas* abren la imaginación al espectro incalculable del azar en el pasado como en el futuro, debido a que la literatura acepta una dimensión de la realidad, el azar, que la historia, conforme la necesidad de proveer explicaciones, es decir, de volver inteligibles los acontecimientos, intenta eliminar. En ello radicaría su mayor capacidad para descubrir las leyes que rigen la realidad, si es que las hay. Así, *Vigilia del almirante* propone no pensar la historia y la literatura desde la dicotomía realidad/ficción, ya que en ambas la imaginación jugaría un rol fundamental, en el primer caso, por medio de las teorías interpretativas; y, en el segundo, de los símbolos o metáforas que pueden resignificar los signos ya convencionalizados; apuesta, más bien, por entender que historiografía y literatura son géneros de ficción mixta, motivo por el cual

no habría porqué pensar que las narraciones literarias que se ocupen de acontecimientos históricos serán menos verdaderas que las narraciones que pretendan ser históricas y, por tanto, exactas. El uso retórico del lenguaje convierte a las primeras en alegorías de las que tanto ficción como realidad forman parte, vale decir, supone que junto a la historia narrada existe otra que el lector ha de develar, con lo cual las posibilidades de interpretación aumentan, a diferencia de lo que ocurre en la historiografía tradicional, donde el autor entrega todas las explicaciones que se necesitan, o, al menos, pretende que así sea. El rol del lector, por lo tanto, es fundamental en este tipo de narrativa, ya que es él finalmente quien debe buscar la “verdad” que se esconde tras los hechos narrados, y así se explicita en la novela:

¿Cómo optar entre hechos imaginados y hechos documentados? ¿No se complementan acaso en sus posiciones y contradicciones, en sus respectivas y opuestas naturalezas? ¿Se excluyen y anulan el rigor científico y la imaginación simbólica y alegórica? No, sino que son dos caminos diferentes, dos maneras distintas de concebir el mundo y de expresarlo (Roa Bastos 1992: 66).

Mas no sólo el ensayo y la novela histórica responden a la forma de un pensamiento crítico, de igual forma lo hace la historiografía del siglo XX, al elaborar una narrativa que expresa la historicidad de Latinoamérica conforme las bases teórico-filosóficas de un nuevo tipo de reflexión y quehacer. A este respecto, conviene revisar algunas de las características que definen la noción de *nueva historia*, con que Peter Burke (2003) quiere significar un movimiento que recibe su unidad sólo de aquello a lo que se opone, la historia tradicional, a saber:

1. La política deja de ser el objeto central de la historia, lo cual significa que pierden hegemonía estamentos tales como la Iglesia y el Estado. Según el principio de que la realidad está social y/o culturalmente construida, este enfoque hace hincapié en las diversas actividades humanas que antaño se consideraban carentes de historia: la locura, la muerte, la infancia, el medio ambiente, el cuerpo, la lectura, el habla, entre otras.

2. Si para el discurso historiográfico tradicional la historia correspondía a una narración de acontecimientos ordenados de manera secuencial o cronológica, para la nueva historia lo fundamental es el análisis de “estructuras”, vale decir, los distintos procesos y fenómenos de cambio que han afectado el devenir de la economía, la política, la cultura, etc.

3. La historia ya no se basa exclusivamente en documentos oficiales de gobiernos conservados en archivos, anales y bibliotecas, se interesa en otro tipo de fuentes, que incluyen registros de índole visual (gráfica, pictórica o fotográfica) y oral.

4. La historia tradicional tiene una pretensión de objetividad, esto es, de narrar aquello que efectivamente ocurrió o dar cuenta de la veracidad de la historia, mientras que la nueva historia parte del supuesto del “relativismo cultural”, aplicado tanto al discurso historiográfico como a sus objetos, en la medida en que considera que la “mente” nunca refleja la realidad, y de hacerlo no lo haría de manera directa sin que medie la interpretación del sujeto del cual ella es atributo.

El telón de fondo de esta concepción radica en el interés de los historiadores por acoger

nuevas explicaciones con que dar cuenta del pasado histórico; interés que estimula su disposición a valorizar los hechos contrarios o a imaginar escenarios alternativos de experiencias históricas. Es en este sentido como la nueva historia puede servir de correctivo a la historia de las personas “relevantes”, ofreciendo al entendimiento la posibilidad de una síntesis que relacione la historia de la experiencia cotidiana del pueblo con los temas que interesan a los tipos de historia más tradicionales (Sharpe 2003). Práctica que pondría en ejecución la historiografía social, cuando ella supone que no toda la historia, sino ciertas zonas o ámbitos de su quehacer son “conocidas”, conforme los planteamientos de una actividad que se define a condición de una experiencia explícita de subjetividad. Sólo desde esta perspectiva cabe pensarse la posibilidad de la microhistoria como una práctica historiográfica que explora tanto la interpretación de las “opiniones”, cuanto las ambigüedades del mundo simbólico y la pluralidad de lecturas posibles que él estimula, suponiendo además que ella ocupa una posición específica dentro de la denominada nueva historia burkeana:

No se trataba simplemente de corregir aquellos aspectos de la historiografía académica que al parecer ya no funcionaban. Aún más importante era refutar el relativismo, el irracionalismo y la reducción de la obra del historiador a una actividad puramente retórica que interpreta los textos y los acontecimientos mismos [...] Por lo tanto, el principal conflicto no se da entre la historia nueva y la tradicional, sino, más bien, en el sentido de la historia considerada como práctica interpretativa (Levi 2003: 121).

Tratándose de una praxis que obedece a un análisis microscópico e indiciario, tanto como a un estudio intensivo del material documental, que busca develar factores y elementos anteriormente no detectados en la investigación histórica tradicional, pretende,

en última instancia, unificar la práctica con sus procedimientos analíticos en relación a las estructuras sociales que contempla.

Por otra parte, de acuerdo con el contenido discursivo de toda narración histórica, y de la historiografía social en particular, Danto sostiene que en ella los acontecimientos se re-escriben continuamente, re-evaluándose su significación a la luz de información posterior, de allí que sostenga que preguntar por la significación de un acontecimiento histórico signifique preguntar por algo que sólo puede ser respondido en el contexto de un relato: “El mismo acontecimiento tendrá una significación diferente de acuerdo con el relato en que se sitúe o, dicho de otro modo, de acuerdo con qué diferentes conjuntos de acontecimientos posteriores pueda estar conectado” (1989: 45). De este modo, no es posible sino estar con él en afirmar que los relatos constituyen el contexto natural donde los acontecimientos adquieren significación histórica.

Pero no han sido sólo pensadores y teóricos de la historia quienes han reflexionado sobre las características de la disciplina historiográfica, también durante el siglo XX historiadores sociales y filósofos de la historia, como Marc Bloch, Jacques Le Goff y Hayden White, han especulado acerca de los aspectos fundamentales de esta ciencia, sometiendo a crítica la noción de hecho, acontecimiento y pasado históricos, así como el valor de los documentos y testimonios históricos y la posibilidad de alcanzar un conocimiento objetivo del pasado. Estas reflexiones se originaron tras la sospecha de que los historiadores no han transmitido con fidelidad los hechos del pasado, sino que los han sometido a una serie de manipulaciones

que habrían modificado su sentido original. Al respecto, interesante resulta la observación de White en torno a la idea de que, una vez reconstruidos los acontecimientos, el historiador debe narrarlos, para lo cual escoge un *tramado* o, lo que es lo mismo, un esquema de narración que otorga a los hechos un carácter culturalmente aceptado. Por tanto, este tramado se define como la manera en que una secuencia de sucesos organizados se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo particular, con lo cual el texto histórico adquiere una impronta literaria al utilizar los mismos procedimientos retóricos que la ficción narrativa. Por ello considera que las obras de esta naturaleza son ficciones verbales, cuyos contenidos son tanto *inventados* como *encontrados*, y cuyas formas tienen más en común con sus homólogas en la literatura que en las ciencias. No obstante, los hechos que el historiador reconstruye no tienen un carácter particular ni constituyen un relato, se ofrecen más bien como posibles elementos de un relato, siendo suya la tarea de escoger cuáles utilizará y cuáles no en su narración. En última instancia, el tramado cumplirá la función de volver inteligibles a los lectores hechos históricos que resultan extraños, debido a la distancia temporal existente entre el tiempo desde el que se reconstruyen discursivamente y el de su transcurrir histórico cronológico.

Dado que los historiadores tornarían inteligibles un conjunto de hechos organizándolos de acuerdo a una trama en que adquieren coherencia, White equipara esta operación a la que efectúan los psicoanalistas con sus pacientes: “El problema se basa en hacer que el paciente ‘re-trame’ toda su historia de vida de forma tal que cambie el *significado* que confiere a aquellos acontecimientos y su

significación para la economía de la serie total de acontecimientos que constituyen su vida” (2003: 118). En este sentido, el paciente, como el historiador, deberá crear una teoría interpretativa de los acontecimientos que le permita integrarlos a una lógica racional. Mediante aquéllas los historiadores crearían narraciones en las que se busca instaurar el orden en el pasado y reducir el rol del azar, con el objeto de tranquilizar a los lectores y hacerles creer que el mundo en el que viven se ha constituido de manera coherente y que está regido por leyes racionales.

No obstante lo anterior, es necesario advertir que White no considera que la historia sea un género literario. Su perspectiva apunta a afirmar que la historia es un tipo de conocimiento sometido a criterios de veracidad, en la medida en que los acontecimientos que en ella se narran son reconstruidos a partir de documentos históricos, pero ocurre que al ser ordenados en una narración necesitan hacer uso del lenguaje figurativo de la ficción. A raíz de lo cual el historiador utilizaría procedimientos similares a los de la literatura, pero que en ningún caso le permiten la libertad de inventar antojadamente los elementos de su relato.

Y así como se cuestiona el carácter subjetivo (narrativo) de la historia, se critica también su supuesta objetividad, considerándosele un principio que sintetiza el resultado de la labor conjunta de los historiadores, quienes pueden acrecentar el conocimiento del pasado mediante el descubrimiento de nuevos documentos y testimonios o elaborando nuevas interpretaciones de los hechos que narran. En este sentido, el pasado adquiere la connotación de una construcción y una reinterpretación constante, con un futuro que forma parte integrante y significativa de la historia:

Lo cual es verdad en un doble sentido. Ante todo porque el progreso de los métodos y técnicas permite pensar que una parte importante de los documentos del pasado está aún por descubrirse (...). Pero también porque nuevas lecturas de documentos, frutos de un presente que nacerá en el futuro, deben asegurar una supervivencia – mejor dicho, una vida – al pasado que no ha ‘transcurrido definitivamente’ (Le Goff 1991: 28).

White también sostiene que el conocimiento del pasado puede progresar en estos dos sentidos, planteando que historiadores y filósofos de la historia se han percatado de la naturaleza esencialmente provisional y contingente de las representaciones históricas, y de que éstas son susceptibles de una revisión infinita a la luz de una nueva evidencia o de una conceptualización más sofisticada de los problemas.

A modo de conclusión

La producción narrativa del ensayo, la novela y la historiografía latinoamericanas, ha sentado las bases de un pensamiento crítico que emplaza los fundamentos filosófico-teóricos desde los cuales es posible interpretar la realidad sociocultural del sujeto latinoamericano conforme su historicidad. Hablar de ensayo, novela e historiografía, desde este punto de vista, implica sostener que predomina en cada una de sus narrativas la noción de discurso como interpretación histórica o, lo que es lo mismo, que ellas se elaboran desde un *pacto de referencialidad* que no excluye las técnicas narrativas de cada cual. Así, es posible sostener que el ensayo y la historiografía acogen las modalidades discursivas de la ficción, utilizando estrategias propias de la disciplina literaria, como la heteroglosia, el montaje o collage lingüístico, que le sirven para ofrecer al lector un campo amplio y

dinámico de posibilidades interpretativas, en orden a fortalecer la concepción de la historia como una lectura crítica y reflexiva, producto de nuevas interpretaciones y nuevas evidencias del pasado, que estimulan entender la obra histórica como una versión siempre contemporánea de aquél.

El ensayo analiza los procesos de cambio y transformación histórica a partir de la Conquista, hito que marca los orígenes de fenómenos tales como el mestizaje, la aculturación, el etno y eurocentrismo, y que caracterizan hasta nuestros días la realidad social de la cultura latinoamericana. Mientras que la novela, mediante el proceso de ficcionalización, a lo largo de su propia historia y de acuerdo con las diferentes tendencias que ha adoptado, constituye el crisol del imaginario histórico al sintetizar las formas de ver, pensar y pensarse como sujetos en consolidación de identidad cultural-narrativa. Es en este sentido que la novela de los años 70 y 80, denominada nueva novela histórica por la crítica –al reconocerse la existencia de un género histórico predominante en Latinoamérica a lo largo de todo el siglo XIX –asume una función de compromiso con la historia toda vez que remite a ella para cuestionar sus pretensiones de verdad y objetividad, y demostrar de qué manera en su narrativa la práctica de la historia está mucho más cercana a la de la novela en tanto que uso de formas retóricas de expresión propias de la disciplina literaria.

Las narraciones que solidifican el quehacer intelectual latinoamericano, por tanto, tematizan al tiempo que problematizan la posibilidad de que el discurso literario de la novela, el científico de la historia, así como el discurso híbrido del ensayo, puedan definir la realidad histórica del

continente, y con ello su identidad cultural, de acuerdo con un pensamiento crítico y autocrítico de sí, que al hablar de identidad, mestizaje, interculturalidad, historia, pueblo, conflicto, contradicción, colonialismo, entre otros, refiera la historia social y narrativa de Latinoamérica en la búsqueda de ese principio que le da forma y unidad a sus discursos: su historicidad.

En su articulación, cada una de estas producciones entiende la historia como escritura narrativa o su discurso como poética de la historia, en tanto que hace uso del lenguaje retórico, no para reproducir los acontecimientos que sucedieron en el pasado cuanto para interpretar y explicar la trama en que aquéllos ocurrieron. Desde esta perspectiva, la comprensión de la historiografía puede complementarse desde la mirada ficcional de la novela, fundamentalmente, mediante la de carácter histórico, pues ella da cuenta de una re-visión de la historia y de la impugnación a sus versiones hegemónicas a través de una serie de estrategias discursivas, por medio de las cuales los novelistas cuestionan y desmitifican el

pasado, manifestando una explícita desconfianza hacia el discurso historiográfico en su producción de las versiones oficiales de la historia. Esta tendencia de la narrativa latinoamericana del siglo XX, junto a las reflexiones provenientes de la nueva historia, tienen como objetivo último democratizar la historia al recusar la objetividad, la veracidad y la impersonalidad como criterios de producción, ya en su frente referencial como autorial; antes bien, claudican a los sujetos involucrados la voluntad de intervenir mediante la interpretación y la reinterpretación de las versiones de la historia, que suponen un sujeto ideológico participante por inclusión en sus narrativas. Y así como los historiadores que han cuestionado los procedimientos de su propio oficio no han llegado a la conclusión de que éste sea inevitablemente inexacto, los novelistas no plantean que la verdad histórica sea imposible de conocer, que la historia sea un conocimiento condenado a la inexactitud o a ser utilizado con propósitos perversos. Lo que hacen es sugerir la falsedad de algunas interpretaciones y mostrar elementos con los que se podrían construir otras nuevas y, por cierto, mejores.

Bibliografía

- Aínsa, Fernando. 2005. "Ensayo", en Ricardo Salas (coordinador acad.). *Pensamiento crítico latinoamericano*. Santiago de Chile: Lom. Vol. I.
- Bello, Andrés. 1993. "Autonomía cultural de América", en Leopoldo Zea. *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica. Vol. I.
- Burke, Peter (ed.). 2003. "Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro". *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- Carpentier, Alejo. 1967. *El reino de este mundo*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Danto, Arthur. 1989. *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona: Paidós.
- Devés, Eduardo. 2005. "Identidad latinoamericana", en Ricardo Salas (coordinador acad.). *Pensamiento crítico latinoamericano*. Santiago de Chile: Lom. Vol. II.
- Fajardo, Diógenes. 1999. *Allí donde el aire cambia el color de las cosas*. Bogotá: Escala.
- Fernández Retamar, Roberto. 1993. "Nuestra América y el Occidente", en Leopoldo Zea. *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica. Vol. I.
- Goic, Cedomil. 1992. "La novela hispanoamericana: 1967-1977". *Los mitos degradados. Ensayos de comprensión de la Literatura Hispanoamericana*. Amsterdam – Atlanta: Ediciones Rodopi.
- Le Goff, Jacques. 1991. *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós.
- Levi, Giovanni. 2003. "Sobre microhistoria", en Peter Burke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- Lukács, Georg. 1966. *La novela histórica*. México: Ediciones ERA.
- Martí, José. 1993. "Nuestra América", en Leopoldo Zea. *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica. Vol. I.
- Menton, Seymour. 1993. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de cultura económica.
- Peña Vial, Jorge. 2002. *La poética del tiempo. Ética y estética de la narración*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Phelan, John. 1993. "El origen de la idea de Latinoamérica", en Leopoldo Zea. *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica. Vol. I.
- Pons, María C. 1996. *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Roa Bastos, Augusto. 1992. *Vigilia del Almirante*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Salas, Ricardo. 2005. "Presentación. ¿Existe un pensamiento crítico en América Latina?" y "Simbolismo". *Pensamiento crítico latinoamericano*. Santiago de Chile: Lom. Vol. I y Vol. III. 9-15 y 931-945.
- Salazar Bondy, Augusto. 1993. "Sentido y problema del pensamiento filosófico hispanoamericano", en Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. 1999. "Introducción general". *Historia contemporánea de Chile*. Santiago de Chile: Lom. Vol. I.
- Sharpe, Jim. 2003. "Historia desde abajo", en Peter Burke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- Skirius, John (comp.). 1997. "Este centauro de los géneros". *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Taylor, Charles. 2006. *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Paidós.
- White, Hayden. 1992. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Siglo XXI.
- _____. 2003. *El texto histórico como artefacto literario*. Buenos Aires: Paidós.
- Zea, Leopoldo. 1993. "América Latina, largo viaje hacia sí misma". *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica. Vol. I.